



LA EDAD DE ORO

—Lecturas para los niños—

72.—Noemi

Aunque la educación religiosa y prematuramente sacerdotal que recibí haya estorbado en mí las relaciones juveniles con personas de otro sexo, tuve amiguitas de infancia, una de las cuales me dejó un profundo recuerdo. Desde la más tierna edad sentí viva afición por las niñas. Las prefería, desde luego, a los niños; éstos no me querían; mi porte retraído les irritaba. No podíamos jugar juntos y me llamaban *señorita*. No había pillería que no me hiciesen, y, al contrario, siempre la iba muy bien con las niñas de mi edad: decían ellas que era recatado y formal. Tenía doce o trece años, y no me daba cuenta del atractivo que tenían para mí. La idea vaga que me seducía parece haber sido la de que hay cosas permitidas a los hombres que no lo son a las mujeres, no obstante que me aparecían como criaturas frágiles y bonitas, sometidas, para el gobierno de sus personas, a normas que aceptaban. Todas las que yo conocí eran encantadoramente modestas, y, en el primer despertar que se obró en mí, tuve el sentimiento como de una dulce piedad, la idea de que era menester ayudar a una resignación tan gentil, amar su pudor y secundarlo. Comprendía mi superioridad intelectual, mas, desde entonces, sentí que la mujer muy bella o muy buena resuelve completamente, por su parte, el problema que con toda nuestra superior inteligencia no hacemos sino embrollar. Somos niños o pedantes a su lado. Sólo vagamente comprendía, pero vislumbraba, sin embargo, que la belleza es un don de tal suerte excelso, que el talento, el genio, la virtud misma son nada a su lado, de modo que la mujer verdaderamente bella tiene derecho de desdeñarlo todo, puesto que reúne, no en una obra externa, sino en su misma persona, como en un vaso mirrino, todo lo que el genio difícilmente esboza con débiles rasgos, a costa de penosa reflexión.

Entre esas amiguitas, he dicho que había una que ejercía sobre mí una seducción particular. Se llamaba Noemi, y era un precioso dechado de discreción y de gracia. Sus ojos eran deliciosamente lánguidos, impregnados, a la vez, de bondad y delicadeza; sus cabellos adorablemente rubios. Tendría dos años más que yo, y su modo de hablarme era así como entre el tono de una hermana mayor y las confidencias de dos niños. Nos entendíamos a maravilla. Cuando las amiguitas reñían, nuestra opinión siempre era la misma: yo me esforzaba por apaciguar a los contendores y ella se mostraba escéptica del resultado de mis tentativas. «Ernesto, me decía, no lo conseguirás; quieres poner de acuerdo a todo el mundo». Esta infantil colaboración pacífica que nos daba cierta imperceptible superioridad sobre los demás, creó entre nosotros un vínculo dulcísimo. Todavía hoy no puedo oír cantar: *Nous n'irons plus au bois, o Il pleut, il pleut, bergère*, sin sentir un suave estremecimiento del corazón... Sin la fatal obsesión que me absorbía, sin duda, habría amado a Noemi dos o tres años después; pero, ya entonces estaba consagrado a la razón; la dialéctica religiosa se había adueñado de todo mi ser. La nube de abstracciones que ascendía hasta mi cabeza me trastornaba hasta el punto de hacerme como ausente e indiferente a todo lo demás.

También un defecto singular, que más de una vez en la vida debía perjudicarme, estorbó este afecto naciente haciéndolo desviar. Mi indecisión es causa de que me deje fácilmente arrastrar a situaciones contradictorias,

cuyo nudo no sé desatar. Este rasgo de mi carácter se complicó, en tal coyuntura, con otra modalidad que me ha hecho cometer tantas inconsecuencias como el peor de los defectos. Había, entre las niñas, una mucho menos bella que Noemi, buena y amable, sin duda, pero menos agasajada, menos solicitada. Ella me buscaba quizá más que Noemi, y no disimulaba ciertos celos. Causar disgusto a quien quiera, sea el que fuere, ha sido siempre cosa imposible para mí. Vagamente imaginaba que la mujer que no es muy bonita es desgraciada y debe devorar su pena interiormente, como si se hubiera malogrado. Yo andaba con la menos cortejada más que con Noemi, porque la veía triste, dejando así bifurcarse mi primer amor, como años después inhábilmente dejé bifurcarse mi política. Una o dos veces vi a Noemi sonreír de mi ingenuidad. Siempre fué cariñosa conmigo, pero tenía, a veces, cierto gesto irónico que no disimulaba y que me la hacía aún más encantadora.

La lucha que llenó después toda mi adolescencia, casi me la hizo olvidar. Más tarde, su imagen se me ha aparecido a menudo. Un día pregunté a mi madre qué fin había tenido:

«Murió, me contestó, murió de tristeza. Era pobre. Cuando perdió a sus padres, su tía, una dignísima señora dueña de la fonda de... la casa más honrada del mundo, la tomó a su cargo. Ella se portó muy bien. Tú sólo la conociste niña, ya bonita, es cierto, pero, a los veintidós años, era un milagro. Sus cabellos, que en vano recogía bajo una pesada cofia, le caían en retorcidas y gruesas trenzas como gavillas maduras. Hacía todo lo posible por ocultar su belleza, y así su talle esbelto lo disimulaba con un manto, sus manos largas y blancas las guardaba siempre entre mitones, y con todo eso se formaban en la iglesia grupos de jóvenes para verla orar. Era demasiado hermosa para nuestra aldea, y era tan buena como bella».

Este relato me conmovió hondamente. Después la he recordado mucho más, y cuando Dios me dió una hija, la llamé Noemi.

ERNESTO RENAN

(De EL CONVIVIO: Páginas Escogidas Trad. de C. Hispano).

73.—El poeta perdido en el campo

Una vez un poeta se perdió en el campo. De pronto encontró un lirio y cayó a sus pies en adoración extática. (El éxtasis del poeta es un décimo del éxtasis del Santo: rigurosamente medido.)

Porque aquel lirio era uno de aquellos mismos lirios que hicieran decir al dulcísimo poeta de Galilea y Nazaret: «Los lirios no hilan ni tejen y sin embargo, ni Salomón en toda su magnificencia se vió jamás vestido como uno de ellos».

¿Qué vió en aquel lirio el poeta? Como es algo inefable yo ahora no lo puedo repetir. Necesitaría también caer en éxtasis. Baste decir que vió la mano de Dios mismo y necesitó tocar con la frente reverencial el polvo de la tierra, humilde y extasiado. Adoraba a la gran alma